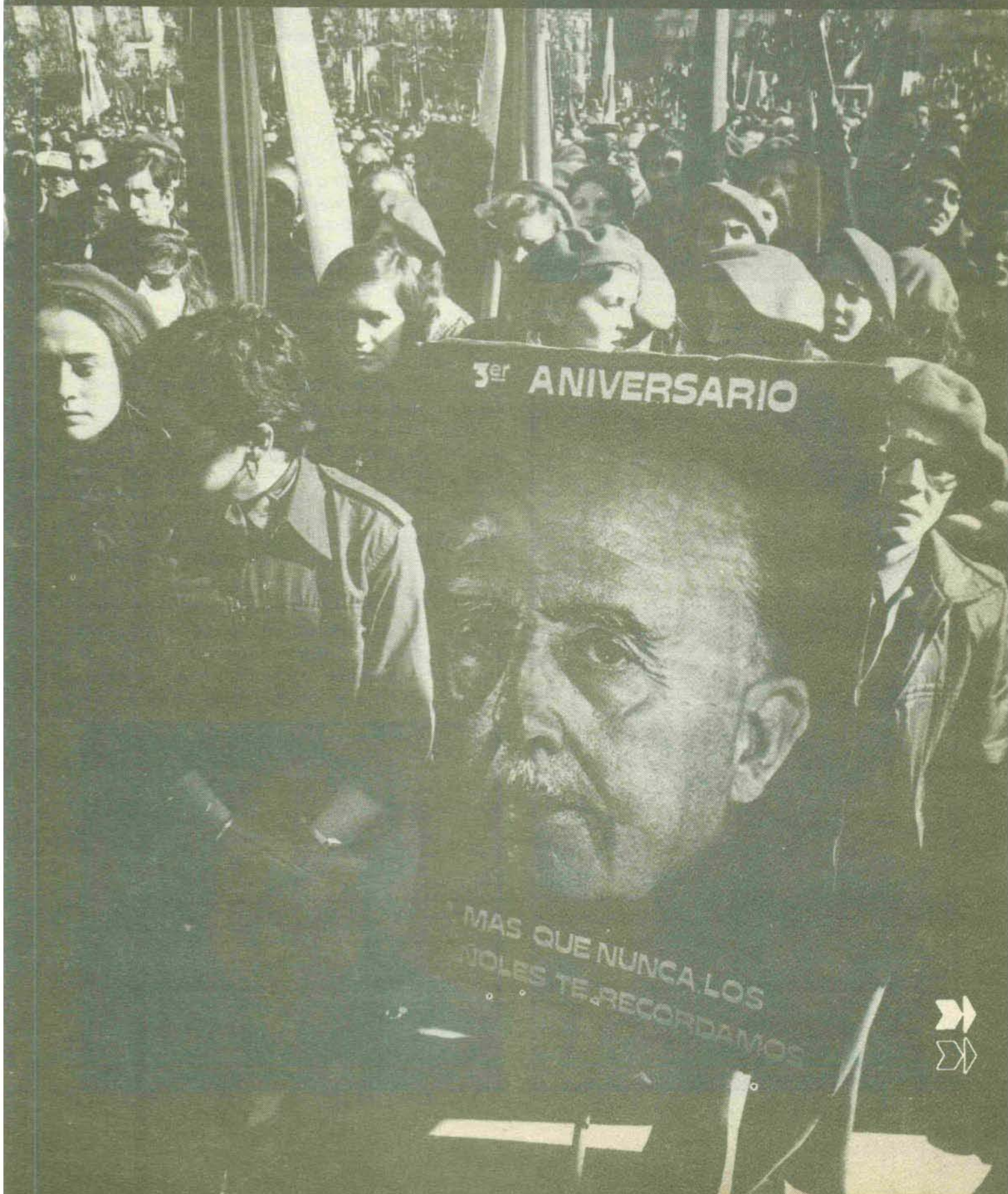


La Sociedad



Francisco Umbral

Transicional



EL SUBMARINO AMARILLO

La belleza es una obligación de los fenómenos.

Schiller

SIEMPRE lo digo, cuando me preguntan por la cultura y la España de la transición:

—Franco, culturalmente, había muerto hacía diez años.

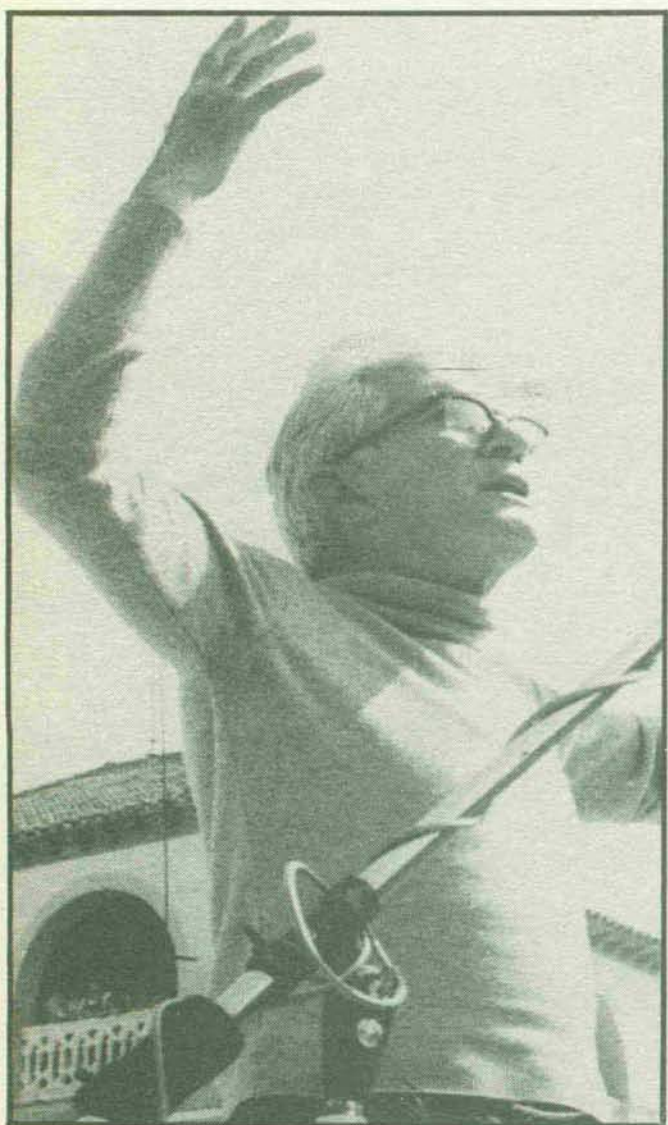
No quiero decir con esto que la cultura de Franco —incógnito tema— se hubiese quedado parada, si es que alguna vez anduvo en movimiento, sino que las nuevas generaciones cultas de los sesenta —universitarios, intelectuales, poetas— fueron las primeras en desentenderse de la obsesión franquista. Su opción no pudo ser más lúcida: puesto que la dictadura morirá de muerte natural, ignorémosla y vivamos como si ya no hubiese dictadura.

Rubert de Ventós, Fernando Savater, toda la basca implicada en torno a los Beatles y viajera en el submarino amarillo, era ya una España otra que veíamos funcionar, con gozo, en eso que Sempere ha llamado «la década prodigiosa». Quizá la concesión del Premio Nacional de Poesía («José Antonio Primo de Rivera») a Péré Gimferrer, por *Arde el mar*, fuera el hecho más espectacular —un mar en llamas—, definitivo y definitivo de la ruptura de las nuevas generaciones con la cultura o la incultura establecidas.

Y esto, dentro del sistema mismo, minando el ministerio de Información y Turismo con un libro apolítico y estético que, naturalmente, placía a los memoriones de dicho Mi-



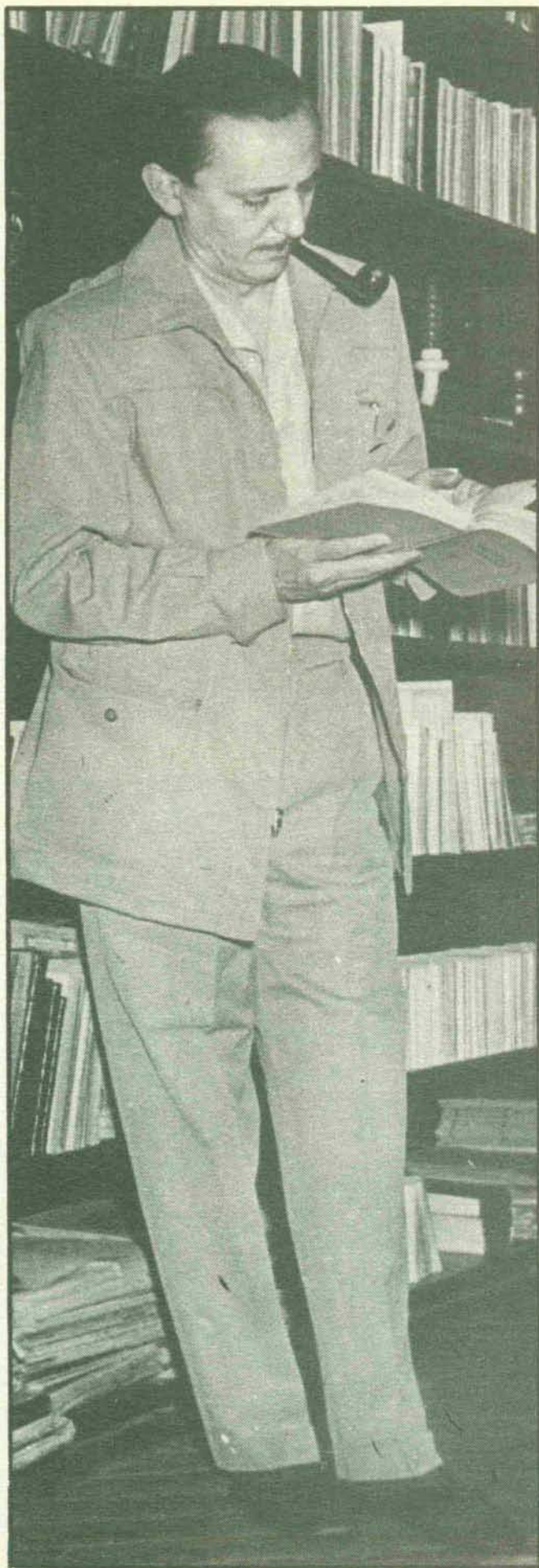
«Quizá la concesión del Premio Nacional de Poesía a Péré Gimferrer —en la fotografía— fuera el hecho más espectacular, definitivo y definitivo de la ruptura de las nuevas generaciones con la cultura o la incultura establecidas».



El poeta Blas de Otero, recientemente fallecido.



Gabriel Celaya.



Antonio Buero Vallejo.

nisterio y halagaba a Cataluña. Lo que no supieron ver aquellos memoriones ministeriales era que la belleza y la estética, la indiferencia en suma, hacia el presente franquista, resultaban mucho más subversivas que el erosionado y monótono antifranquismo de las generaciones anteriores. El apóstol prefiere hacer apostolado con un anticlerical a hacerlo con un indiferente. Contra la indiferencia fracasan —y a la larga mueren— todas las Iglesias.

Cito a Schiller para decir que la belleza es una obligación de los fenómenos (como la democracia es una obligación de la Historia) porque después de tanta belleza convencional y regimental y de tanta fealdad contracultural, lógicamente las últimas generaciones —beneficiadas por el confort tardofranquista, que algunos aprovecharon culturalmente—, no iban a seguir haciendo pintadas Otero / Celaya / Sastre / Buero, sino que iban a otra cosa.

En el submarino amarillo —que fue el caballo de Troya de la acracia entonces venidera— viajaron confundidos, haciendo happening, los nuevos filósofos como Savater o Deaño, los viejos filósofos como Aranguren o García Calvo, los poetas novísimovenecianos y los que, simplemente, sabían silbar con buen oído **Yellow Submarine**.



Alfonso Sastre.



«El pasotismo es una acracia que ni siquiera precisa coartadas culturales».

¿Y AHORA QUE?

No a todo el mundo le gusta el amarillo.

César González-Ruano

El amarillo es el color de los locos.

Josep Plá

Amarillo es, amarillo es. Y ahora qué. El personal, como nunca se entera de nada, dice que a ver dónde están los frutos de la democracia, las flores de la transición, las guirnaldas de la libertad, las novelas y las películas de ahora mismo:

—Pues mire usted, señora, los libros de ahora mismo se escribieron hace diez años. O quince.

Y usted sin enterarse.

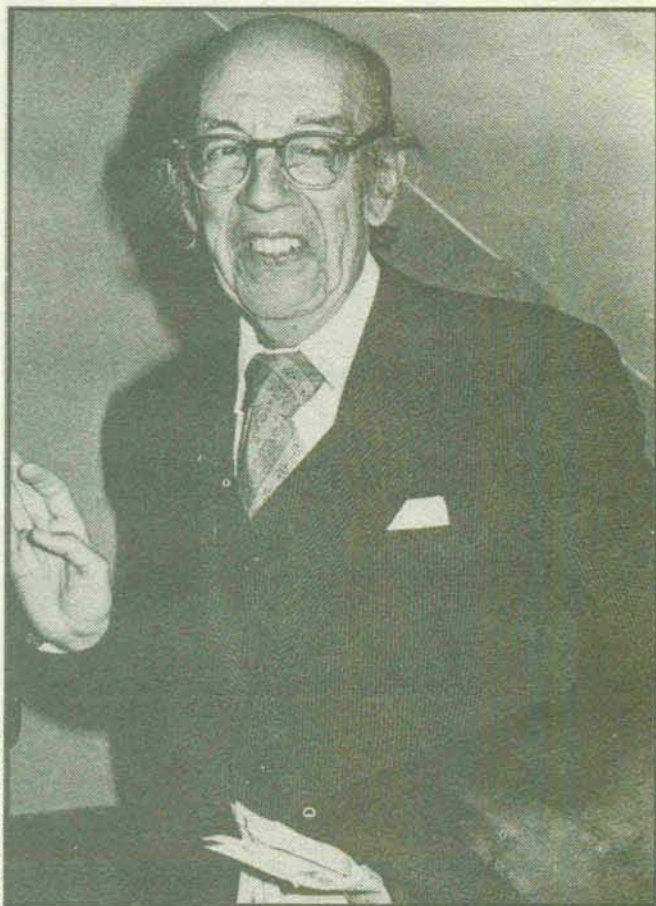
Usted, esperando que saliese el gordo en el bombo del señor Lara, con todos los informadores culturales de niños puericantores de San Ildefonso. El amarillo es el color de los locos, y el submarino de los Beatles venía lleno de Cioran, Liaño, Benjamín, Sarrión, nuevo periodismo y feministas en fleur.

La gente dice que no pasa nada, porque todo viene pasando desde mediados los sesenta, cuando ya algunos nos resistíamos a hacer

realismo social (nos llamaban señoritos por eso). Todo está dando su fruto, sobre todo en el ensayo, la poesía y el cine —mucho menos en el teatro y la novela, quizá porque estos géneros están en crisis, como se dice (y aunque se diga).

La sociedad transicional empezó a transar culturalmente hace unos quince años (que por algo son el término orteguiano de una generación). En cuanto al resto de la sociedad, la no específicamente profesional de la cultura, también empezaba por entonces a tomar la neogynona (muy mejorada luego por el ovoplex), de la que el submarino amarillo traía grandes stocks secretos que luego se hacían públicos en las estadísticas y sofe-masas.

Cuando Pablo VI se negó a la pildora —a autorizarla, no a tomarla, claro—, allá por el 68-69, el catolicismo sociológico español empezó a retirarse secretamente de la Iglesia, salvo el trámite semanal de la misa (trasladada al sábado por la tarde para mayor comodidad de quienes tenían en la parcela de Cercedilla un anticipo de la celestial parcela). Luego, el divorcio, el aborto, el amor libre.

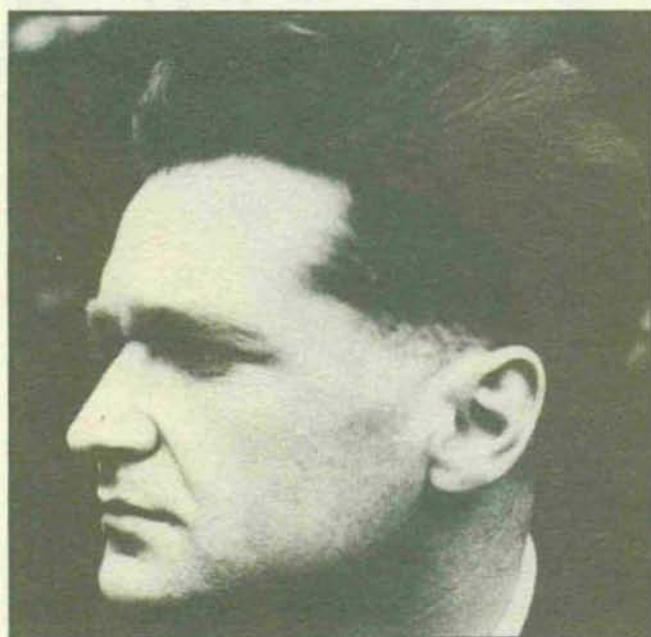


RAMON RODRIGUEZ

«Se le ha reprochado mucho a esta transición política, por los más sutiles, su carácter de representación, de hacer como que. Aranguren —en la fotografía— ha insistido mayormente en esto».



Walter Benjamin. (Berlín, 1892-Frontera francoespañola, 1944).



«El amarillo es el color de los locos, y el submarino de los Beatles venía lleno de Cioran —en la foto—, Liaño, Benjamín, Sarrión, nuevo periodismo y feministas en fleur».

LA SERIE CONTRACULTURAL

El aborto, el divorcio, el amor libre. Ya en la sociedad transicional, estas reivindicaciones concretas y cotidianas, que sólo se habían aceptado antes como folklore contracultural, se plantean crudamente.

Al margen de las conquistas obvias que tales temas, resueltos racionalmente, suponen, a mí me interesa subrayar cómo cada una de las opciones «contraculturales» viene a interrumpir la serie burguesa de sus afines. El aborto pone en cuestión la pena de muerte. El divorcio pone en cuestión el adulterio,



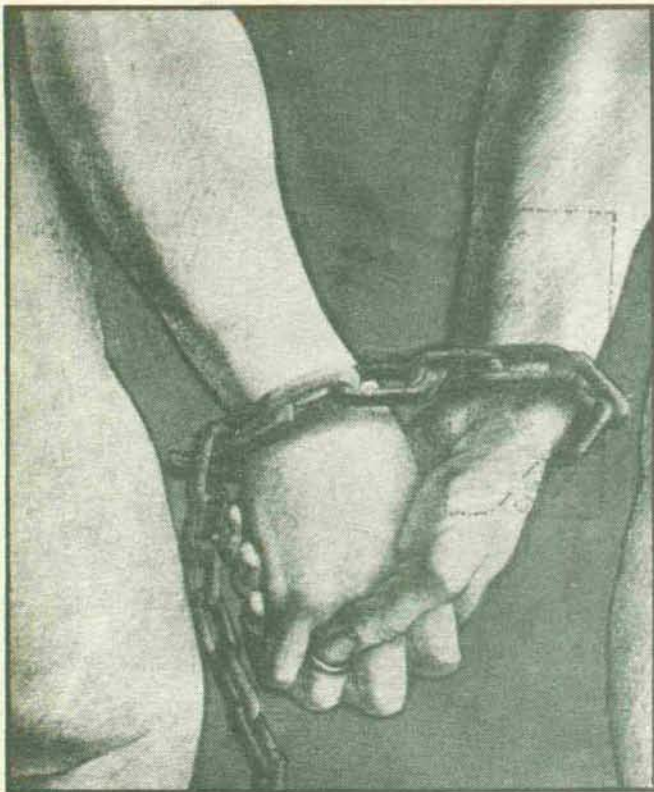
Agustín García Calvo.



Fernando Savater.

gran institución burguesa. El amor libre pone en cuestión la propiedad privada.

En la sociedad transicional, Fraga sigue pidiendo la pena de muerte, pero, después de haber condenado enérgicamente el aborto (casi con los mismos argumentos, vueltos del revés, con que ha defendido la máxima pena)



«El divorcio pone en cuestión el adulterio, gran institución burguesa».

se nota que sus palabras y su persona han perdido convicción. Como él, toda la serie intelectual burguesa que representa. Cuando en el Parlamento transicional se condena u obstruye el divorcio (siempre por los mismos), lo que queda flotando en el aire torero del hemiciclo es la pululación de adulterios que anovelan la vida española de la burguesía alta y la aristocracia. El adulterio es una realidad sociológica y costumbrista. Si no se habla de estos temas no pasa nada, mas para negar el divorcio hay que hacer previamente el canto a la familia, y entonces queda de contraste, evidente y no dicha, la realidad del adulterio.

AMOR LIBRE Y PROPIEDAD PRIVADA

La familia es una cárcel de rejas humanas.

— François Mauriac

Toda familia esconde un cadáver en el armario.

— Simenon

Está muy estudiado, incluso por nuestro Américo Castro, el tema del honor y la honra conyugales como base de la transmisión de la herencia. Mi mujer ha de serme fiel porque no le voy a dejar el patrimonio al hijo de otro. Este es el contenido latente de cualquier calderonismo.

El amor libre, pues, no sólo pone en cuestión la propiedad privada (que se sublima en el mecanismo vertical de la sucesión y los derechos hereditarios, tan poco afectados por las reformas técnicas de nuestros gobiernos transicionales). Lo de menos en el amor libre es que el hombre o la mujer sean de cualquiera (de cualquiera que ellos elijan). Lo grave, para el sistema burgués, es que me-



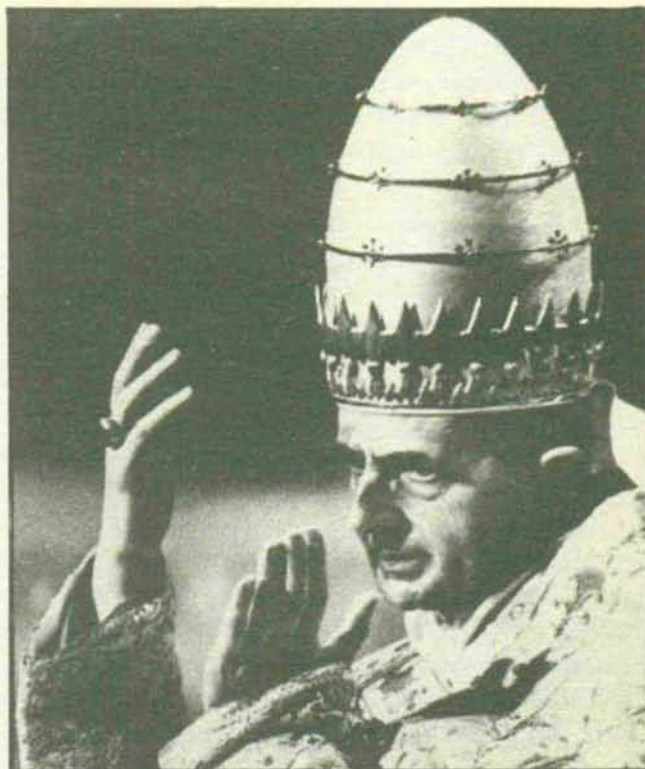
«El amor libre pone en cuestión la propiedad privada».

diante el amor libre (ya que no mediante las citadas reformas fiscales), la transmisión patrimonial, verdadera columna sustentadora de la economía burguesa y manchesteriana del ahorro y la moral acumulativa, se viene abajo.

Amor libre supone, ante todo, amor libre de la mujer. Los hombres siempre han tenido amor libre, porque eso no ponía en peligro la transmisión patrimonial (cuantiosa o meramente sentimental y kitsch). Si no vamos a saber de quién son nuestros hijos (o al menos



«El aborto pone en cuestión la pena de muerte».



«Cuando Pablo VI —en la fotografía— se negó a la píldora —a autorizarla, no a tomarla, claro—, allá por el 68-69, el catolicismo sociológico español empezó a retirarse secretamente de la Iglesia».

va a ser posible y legítima la duda), la transmisión de riqueza vertical ya no es una columna de mármol, y sin idea de transmisión no tiene sentido la acumulación, y sin acumulación no hay estímulo, ni entendimiento economicista del mundo. Siempre he considerado que la revolución de las mujeres (ayudadas por los científicos suizos y norteamericanos) era la única revolución social de nuestro tiempo.

LA TRANSICION COMO REPRESENTACION

El camarero hace su papel de camarero.

Sartre

Se le ha reprochado mucho a esta transición política, por los más sutiles, su carácter de representación, de «hacer como que».

Aranguren ha insistido mayormente en esto. En principio, sabemos desde los clásicos que todo es representación y sabemos desde los románticos —Baudelaire— que el hombre asiste desgarradamente a su propia vida. Pero no sólo el genio, el poeta, Baudelaire, sino, como constata Sartre, el camarero. Lo que la transición tiene de representación le viene de la mala o poca voluntad de cambiar nada y, sobre todo, de la consciencia histórica (vanidosa) de estar cambiando algo. Cualquier movimiento histórico, aunque sea

tan cauto como éste que glosamos, convierte en protagonistas de algo a todos los ciudadanos desconocidos de la áurea mediocridad. Decía Huxley que todo hombre es Napoleón para su perro, y de ahí la constante popularidad de esos bichos.

Del mismo modo, todo joven falangista de los años treinta fue un poco José Antonio, escapando así a la mediocridad familiar y profesional, y todo postfranquista reciclado que vota UCD (y no digamos PSOE) es un pequeño Danton con niki del cocodrilo. ¿Cómo, pues, esta sociedad que se está cambiando a sí misma, al margen de los cambios políticos o al compás de ellos, según, no va a ser una sociedad narcisista que se ve hacer la revolución incruenta, el amor sexual que no había hecho nunca, que se ve, incluso (extrema derecha) en la segunda más alta ocasión que vieran los siglos de este siglo, de salvar la patria, como en el 36? ¿La transición, pues, es mera representación? No. El que se finge fantasma, acaba siéndolo, dicen los árabes. Y el que se finge demócrata, también.

CULTURA DEL OCIO, INCULTURA DEL PARO

Cuando parecía que íbamos hacia la cultura del ocio, por influencia del mundo y natural evolución de la sociedad española —segundo televisor, segunda residencia, segundo coche, «el aburrimiento duplicado», como dice Ramón Tamames—, resulta que hemos caído en la incultura del paro. Dice Torrente Ballester que el consumo cultural nace del aburrimiento y que si la gente no se aburría no leería. En nuestra época, en vez de leer, el tiempo libre se lo roba la televisión. Por un lado están los dos millones de españoles que viven en la incultura del paro y por otro los dos millones de españoles que viven la cultura del ocio. Si el aborto pone en cuestión la pena de muerte, el paro pone en cuestión el ocio.

El ocio se opone estructuralmente al paro, generando las series correspondientes, con signos positivos y negativos. La picaresca de quien cobra el subsidio del paro y sigue trabajando en chapuzas, con lo que se lo monta económicamente mejor que nunca —signo festivo—, se corresponde geoméricamente con el suicidio del vástago de los López-Quesada, ocurrido este septiembre, parece que por razones claramente económicas. La empresa Finanzauto, en la que estaba implicado a nivel directivo, ha dejado de ser una



«En la sociedad transicional, Fraga —en la foto— sigue pidiendo la pena de muerte, pero, después de haber condenado enérgicamente el aborto (casi con los mismos argumentos, vueltos del revés, con que ha defendido la máxima pena) se nota que sus palabras y su persona han perdido convicción. Como él, toda la serie intelectual burguesa que representa».

empresa gratificante. Pero el ocio repercute sobre el paro y a la inversa. El paleocapitalismo español de ricos protegidos por Franco, no ha sabido entrar en el juego de un capitalismo moderno, realmente arriesgado y emprendedor, que de alguna manera le proponía la democracia.

Esas eran las opciones liberal y socialdemócrata. El capitalismo-ruleta frente al capitalismo-dividendo de los cuarenta años. Negándose al capitalismo-ruleta, los empresarios españoles han optado por depositar sus millones en Suiza o Filipinas, o por invertir en Hispanoamérica, donde yo he visto viejas rúbricas comerciales españolas con el añadido del país correspondiente, como gentilicio. Queda un tercer bloque de empresarios que, entre lo uno y lo otro, sencillamente se han movido mal, no han sabido adaptarse, y están realmente en precario. Algunos llegan realmente al suicidio, como en el lamentable caso citado. (El suicidio tiene una curiosa tradición financiera desde aquel «crack» negro en que llovieron millonarios

de los rascacielos de Wall Street, como en un cuadro de Magritte: capitalismo y suicidio se explican recíprocamente como transvaloración de todos los valores en oro: al faltar el oro falta la vida.

Estos tres contingentes financieros —evasionistas, aventureros, fracasados— han creado grandes extensiones de paro, con lo que ocurre que, en la sociedad transicional, los ricos y los pobres se divierten menos. Entre unos y otros, los de la áurea mediocridad, que ni siquiera han leído a Horacio, procuran hacer la misma vida alegre y confiada del tardofranquismo, explicando, como mucho, las deficiencias de la vida nacional, a niveles municipales, por la excesiva bondad o maldad de Tierno Galván, según los casos.

«PASSANDO»

«La droga mata lentamente». Es igual: no tenemos prisa.

(Pintada madrileña)

Una larga dictadura misera engendra una revolución. Una larga dictadura que llega a

ser casi próspera, como la de Franco, puede embotar todas las respuestas, por la duración y por el confort. El confort puede que sea todo lo contrario de la libertad, pero es muy fácil confundir el vivir bien con el vivir libre. (Sobre todo, si en el fondo se está deseando esa confusión). Por lo que se refiere a las dos o tres últimas generaciones españolas, los hombres y mujeres más viejos quemaron su militancia moral o efectiva en la clandestinidad. El final de la dictadura, más que una batalla ganada (al general lo matamos de muerte natural), fue un puente entre dos periodos históricos, en el sentido festival de estos puentes laborales en que abunda nuestro calendario. Hay mucha gente que sigue disfrutando el puente.

Son los que **passan**.

En cuanto a la última generación (entre quince y veinte años), no han heredado ninguna belicosidad de las dos anteriores, quemadas en la clandestinidad, como digo. Y, por otra parte, han conectado ya plenamente con el apoliticismo de toda la juventud occidental. Tom Wolfe, creador del nuevo periodismo americano, lo dice en una entrevista



Un NO rotundo, por parte de la juventud, a la pena de muerte.



«Cuando parecía que íbamos hacia la cultura del ocio..., resulta que hemos caído en la incultura del paro».



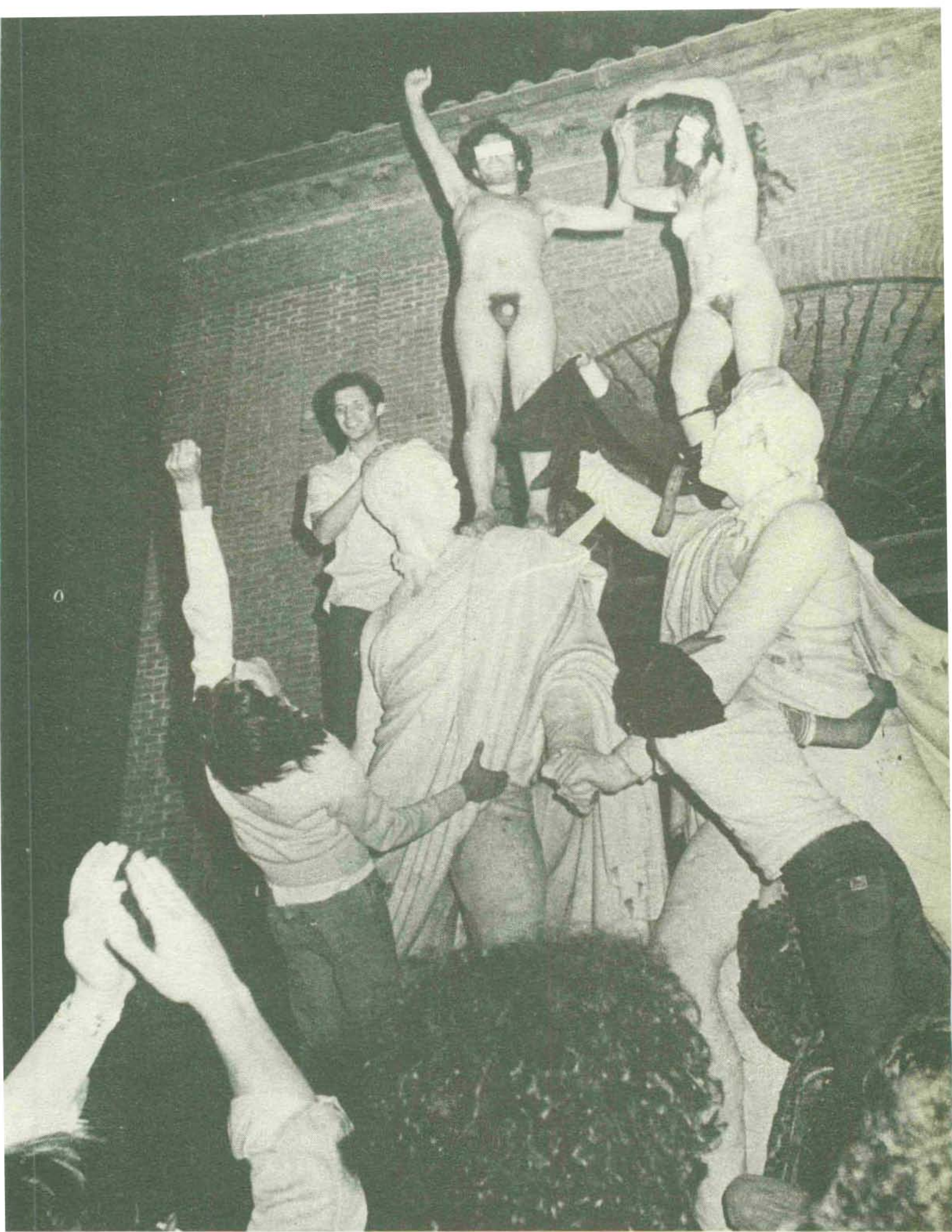
RAMON RODRIGUEZ

«Entre unos y otros, los de la áurea mediocridad, que ni siquiera han leído a Horacio, procuran hacer la misma vida alegre y confiada del tardofranquismo, explicando, como muchos, las deficiencias de la vida nacional, a niveles municipales, por la excesiva bondad o maldad de Tierno Galván —en la foto—, según los casos.

reproducida por «El País» de Madrid: «Qué país más estable es éste». Y se refiere al suyo, Estados Unidos. Eso es lo que saben, aunque no lo digan, todos los jóvenes de hoy: que las democracias de Occidente son estables, que se ven gobernadas siempre por los mismos. En España, concretamente, hemos entrado en el juego Cánovas-Sagasta, pero sin Sagasta.

Cuando la política va sola —bien o mal—, y se convierte en sacerdocio de sus profesionales, los políticos, el pueblo, convocado con asiduidad, pero sin entusiasmo, el pueblo, del que se espera cierto entusiasmo, pero que no sea indescriptible, por si acaso, decide **passar**, no sabe / no contesta. De ahí pasotismo y acracia. La acracia es un pasotismo ilustrado y un anarquismo que no actúa. El pasotismo es una acracia que ni siquiera precisa coartadas culturales. La situación socio/psicológica de las más recientes generaciones españolas acaba de dármele una amiga mía, joven, inteligente y ex militante: —Voy a tomarme el subsidio de paro como una beca y a quedarme en casa a leer. No quiero más trabajos inseguros y mal pagados. Una beca de estudio y por lo menos me formo.

Y esto sin ningún cinismo: por eso el dato es válido. ■ F. U.



«Cuando la política va sola —bien o mal—, y se convierte en sacerdocio de sus profesionales, los políticos, el pueblo, convocado con asiduidad, pero sin entusiasmo, el pueblo, del que se espera cierto entusiasmo, pero que no sea indescriptible, por si acaso, decide pasar, no sabe/no contesta. De ahí pasotismo y acracia». (Un «2 de Mayo», en Malasaña).